

Homilía de III Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“El celo de tu casa me devora”

Pautas para la homilía

Jesucristo, el verdadero templo

En el episodio del desalojo del Templo, Jesús quiere hablar y habla sobre todo del templo de su Cuerpo. San Juan coloca este hecho en torno a la Pascua, lo cual es ya significativo. Jesús realiza uno de los gestos simbólicos que más debieron llamar la atención y provocar la ira de sus enemigos. Ellos entendieron que la economía del Templo y todo lo que había significado hasta entonces terminaba con Jesús. “Destruíd este Templo, y yo lo levantaré en tres días”. Lo que Jesús hizo fue un “signo”, con el que anunciaba su muerte y su resurrección. El símbolo del Templo, que hoy leemos en el Evangelio, y los símbolos de la serpiente y del grano de trigo, que leeremos en los próximos domingos, son para San Juan expresiones de la muerte pascual de Cristo.

Dada la densidad de esta gesto profético, no tiene nada de extraño que fuera uno de los motivos que sus enemigos alegaran para condenar a Jesús (Mc. 14,58). Y es precisamente en su condenación y muerte cuando esta profecía encuentra su cumplimiento por la resurrección. La encarnación ha llegado a su plenitud. El Nuevo Templo ha quedado definitivamente establecido en Jesucristo Resucitado.

Uno de los teólogos modernos que mejor ha expresado este pensamiento ha sido el P. Congar. Dice:

“La Encarnación del Verbo de Dios en el seno de la Virgen María inaugura una etapa absolutamente nueva en la historia de la Presencia de Dios; etapa nueva y también definitiva, pues ¿qué mayor don podrá ser dado al mundo? No hay ya sino un templo en el que podamos adorar, rezar y ofrecer y en el que encontremos verdaderamente a Dios: el Cuerpo de Cristo. En él el sacrificio deviene enteramente espiritual al mismo tiempo que real: no sólo en el sentido de que no es otra cosa que el mismo hombre adhiriéndose filialmente a la voluntad de Dios, sino también en el sentido de que procede en nosotros del Espíritu de Dios que nos ha sido dado. A partir de la Encarnación, ha sido dado el Espíritu Santo verdaderamente; es, en los fieles, un agua que brota en vida eterna (Jn.4,14) y los constituye en hijos de Dios, capaces de poseerle de verdad por el conocimiento y el amor. Ya no se trata sólo de una presencia, sino de una inhabitación de Dios en los fieles. Cada uno personalmente y todos en conjunto, en su misma unidad, son el templo de Dios, porque son el Cuerpo de Cristo, animado y unido por su Espíritu. Así es el templo de Dios en los tiempos mesiánicos. Pero en este templo espiritual, tal como existe en la trama de la historia del mundo, lo carnal continúa todavía no sólo presente, sino dominador y obsesionante. Cuando todo haya sido purificado, cuando todo sea gracia, cuando la parte de Dios aparezca de tal modo victoriosa que “Dios sea todo en todos”, cuando todo proceda de su Espíritu, entonces el Cuerpo de Cristo será establecido para siempre, con su Cabeza, en la casa de Dios... Es Cristo quien, en definitiva, es el único templo verdadero de Dios. “Nadie sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo” (Jn.3,13) (Y, M. Congar, El misterio del templo, Barcelona 1964, 264-265.275-276, passim).

Cuaresma, tiempo de purificación del Templo

La Cuaresma siempre tiene una doble dimensión, como la conversión: una dimensión “noética”, cambio de la mente o del corazón, y una dimensión “ascética”, cambio en la vida práctica o conducta. La conversión, en este caso, pide al creyente asumir que Cristo destruyó el Templo de piedra y todo su culto de víctimas y ofrendas materiales, abriendo el templo a las dimensiones y espacios amplios de la vida, donde el culto a Dios es vivir según su voluntad, como hizo el mismo Cristo, que vivió y exhortó a vivir “en espíritu y en verdad”, haciendo siempre la voluntad del Padre. Su vida la consumó, como dice el P. Schillebeck, “en el acto supremo de todo culto, y lo hizo al aire libre: en el Calvario”. Todo un símbolo para sus seguidores que, pasando a la dimensión práctica de la Cuaresma, hemos de entender y vivir que el culto verdadero y agradable a Dios es la propia vida, como dice Pablo a los romanos (Ro. 12,1). Purificar el templo exige tener en cuenta estos principios y vivir en consecuencia. Todo lo que somos, todo lo que hacemos, los compromisos profesionales, sociales y políticos, el respeto a las personas, etc., todo es parte de nuestro culto a Dios “en espíritu y en verdad”, en el gran templo donde se desarrollan nuestras vidas.

Hasta tal punto esto es así, que lo que llamamos “el culto” y se desarrolla dentro de nuestros templos, iglesias y capillas, recibe su sentido “sacramental” en tanto en cuanto va respaldado por la vida real. De no ser así, las realidades que se dan en este culto, serían puros ritos, con referencia ciertamente a Jesucristo Resucitado, pero sin ninguna referencia a la vida de los que celebran dicha liturgia. Estarían vacíos de contenido y no servirían para lo que fueron establecidos: para el encuentro salvífico y pascual con el Resucitado, que ha de empapar y transformar toda nuestra vida.

Eucaristía y nuevo Templo

“Haced esto en memoria mía”, nos dijo Jesús. Más que memoria, quiso decir memorial. El memorial añade a la memoria la presencia de lo recordado. Memorial de la Nueva Alianza, del Nuevo Templo, del Culto Nuevo, de la Novedad en que nos ha introducido ya y que consumará cuando vuelva para entregar al Padre los cielos nuevos y la nueva tierra. ¡Si supiéramos en qué Misterio vivimos! Seguramente que lo celebraríamos “con temor y temblor” y viviríamos en una constante alabanza y acción de gracias a Dios que ha hecho a favor nuestro semejantes maravillas. María sí lo sabía y, extasiada y agradecida, lo cantó en el Magnificat.



Fr. Marcos Ruiz Arbeloa
Convento de Sto. Tomás (Ávila)